

calzadas, árboles y puentes, alzarse en las márgenes y en el centro de la anchurosa laguna, dejaron escapar una exclamación de asombro, que fué seguida de entusiastas elogios en que expresaron la admiración que les causaba el magnífico espectáculo que ante sus ojos tenían. Sublimando la grandeza, la actividad y el poder que advertían en la suntuosa capital del imperio azteca y en las populosas ciudades que le rodeaban, manifestaron que consideraban lo practicado por los primeros soldados de Cortés que pisaron el país, como un hecho superior á la posibilidad humana, y que solo la protección y la voluntad de la Providencia podía haberles sostenido y prestado aliento en la empresa acometida (1).

Mientras el tesorero Alderete y la oficialidad se entregaban á una conversación animada, relativa á la belleza de lo que absortos contemplaban, el semblante de Hernán Cortés se veía velado por una sombra de tristeza. Al fijar sus ojos en las elevadas torres del gran templo del número de la guerra, que se levantaba por encima de todos los edificios de la ciudad, pensó que acaso en aquellos mismos instantes eran sacrificados á la sangrienta deidad, sus dos desgraciados asistentes, que pocas horas antes se habían

(1) «Y cuando el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de Méjico, y la laguna y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas de bastimentos y otras iban á pescar y otras baldías, mucho más se espantaron, porque no las habían visto hasta en aquella sazón; y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenía.» —Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

manifestado llenos de esperanza y de alegría á su lado (1). La vista de los cuarteles que ocupó en el centro de la ciudad y la de la funesta calzada por donde se retiró la Noche Triste, le trajeron á la memoria la muerte de sus primeros amigos Juan Velazquez de Leon, Francisco de Morla y otros, y oprimido su corazón de profunda pena, exhaló un suspiro que no pudo contener y que revelaba los tristes pensamientos que ocupaban su mente (2).

Uno de los caballeros que estaban á su lado, llamado Alonso Perez, joven y valiente que había cursado las letras, trató de sacarlo de sus lúgubres pensamientos. «Dejad las penas, señor capitán, le dijo: no se entregue vuestra merced á la tristeza, que esas desgracias suelen acontecer de continuo en las guerras (3).» La contestación del caudillo español, revela los serios y nobles pensamientos á que se hallaba entregado en aquellos instantes: «Testigos sois todos de los esfuerzos que he hecho para celebrar un arreglo de paz con el emperador de Méjico, y evitar á la ciudad los estragos de un sitio que la destruiría. No reconoce mi tristeza por causa única la muerte de mis leales

(1) «Por la pérdida de sus mozos de espuelas, que estaba muy triste por ellos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando... los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad y los puentes y calzada por donde salimos huyendo, y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que antes traía.»—Idem.

(3) «Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Perez... «Señor capitán, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acontecer, y no se dirá de vuestra merced

Mira Nero, de Tarpeya,
á Roma como se ardia.»

—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

amigos y de mis buenos servidores. A ese sentimiento se une la consideracion de los penosos trabajos y peligros en que van á verse envueltos mis valientes soldados antes de volver á enseñorearse de la capital; pero se desechan las proposiciones de paz, y pronto, con la ayuda de Dios, daremos principio á la obra (1).»

Honra á Hernan Cortés el sentimiento que le causaba la idea de tener que destruir los notables edificios que embellecian la hermosa capital de la valiente nacion azteca. Admiraba sus plazas, sus jardines, sus calles, sus palacios, y le entristecia el verse precisado á descargar sobre ella la tremenda tempestad que debia echar por tierra su magnificencia. Le era altamente sensible reducir á escombros los suntuosos palacios que muchas veces habia admirado; pero se juzgaba en el deber de hacerse dueño de la ciudad, y ante esta consideracion cedia el sentimiento. Consideraba la empresa como una cruzada santa en que la civilizacion, el bien de los pueblos envueltos en la idolatría y el servicio de Dios, exigian plantear la cruz en los sólidos *teocallis* manchado con la sangre de las víctimas humanas sacrificadas á las falsas divinidades, y se propuso cumplir con el que juzgaba deber sagrado del caballero cristiano ó morir en la demanda.

Pero admiraba la belleza de la ciudad, y hubiera querido ahorrarle los rigores de un sitio devastador. Su tristeza

(1) «Y Cortés le dijo que ya veia cuántas veces habia enviado á Méjico á rogales con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de ver hasta tornar á señorear, y que con la ayuda de Dios presto lo poríamos por la obra.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

y el suspiro exhalado del fondo del corazon al preveer la ruina de los vastos edificios que en aquellos instantes contemplaba, le ennoblecen.

Los soldados que nunca habian visto á su general mas que luchando animoso en medio de los peligros; dando ejemplo de valor, de entereza y de heróico esfuerzo, se asombraron de la metamórfosis efectuada en aquel momento; de la tristeza que le dominaba. Su melancolía dió asunto á uno de los romanceros de su época, para escribir un romance popular, con que los antiguos poetas españoles ensalzaban los hechos de los héroes mas notables, perpetuando su memoria en todas las clases de la sociedad. Bernal Diaz trae algunos de los versos de ese romance, que desde entonces se cantaron por la gente del pueblo (1).

Terminada con su llegada en Tacuba la vuelta completa al rededor de las extensas lagunas del valle de Méjico, no quiso detenerse mas tiempo en su expedicion. Habia observado en el reconocimiento hecho, todo lo que juzgaba necesario para ejecutar con acierto la árdua empresa que meditaba, y bajó del *teocalli* con sus capitanes, con objeto de emprender inmediatamente la marcha hácia Texcoco.

(1) «Y desde entonces,» dice Bernal Diaz del Castillo, «dijeron un cantar ó romance:

En Tacuba está Cortés
Con su escuadron esforzado
Triste estaba y muy penoso,
Triste, y con grande cuidado,
La una mano en la mejilla,
Y la otra en el costado.» etc.

La lluvia seguía cayendo en abundancia. La tropa formó después de haber tomado algún ligero alimento, y emprendió su camino por el Norte del valle, llevando la misma dirección que había llevado en su primera expedición.

Al verle emprender la marcha, los escuadrones mejicanos, empezaron á hostilizarle por la retaguardia, siguiendo á distancia regular al ejército y disparando sus flechas en los pasos estrechos y difíciles.

Hernán Cortés, queriendo vengar la muerte de sus asistentes y escarmentar á los que le seguían, se ocultó con veinte ginetes en unas casas abandonadas que estaban en el camino. Los mejicanos, que no habían notado el movimiento del general castellano, siguieron adelante, dando alaridos y disparando algunas cuantas flechas. Cuando Hernán Cortés les vió á buena distancia, salió con sus ginetes de las casas al grito de guerra de «Santiago,» y se lanzó con la velocidad del rayo sobre los contrarios. Al verse acometidos por la espalda, se llenaron de terror y emprendiendo la fuga á uno y otro lado para ganar las acequias; pero antes de que lograsen su intento, habían perecido lanceados por la caballería, más de cien guerreros principales. Esto bastó para que cesasen por entonces en sus hostilidades (1).

El ejército siguió su marcha por Azcapozalco y Tenayo-

(1) «Yo con veinte caballos me puse detrás de unas casas en celada... Y como vimos pasar ya algunos, yo apellidé en nombre del apóstol Santiago, y dimos en ellos muy reciamente. Y antes que se nos metiesen en las acequias que había cerca, habíamos muerto de ellos más de cien principales y muy lucidos, y no osaron de más no seguir.»—Tercera carta de Cortés.

can, sufriendo espantosos aguaceros que se sucedían unos á otros, poniendo intransitables los caminos. Los soldados, empapados en agua los vestidos y agobiados por el peso de las armas, llegaron á Cuatitlan al empezar la noche. La ciudad había sido abandonada por los vecinos, y pocos fueron los bastimentos que se encontraron en ella.

La lluvia siguió con igual fuerza durante la noche, y en ella, según el soldado historiador, fué la única vez en que se descuidó en algo la vigilancia. Cosa verdaderamente rara en Hernán Cortés, que siempre velaba por la seguridad del campamento. Acaso confió en que haciendo una noche muy oscura y lluviosa, los indios no intentarían un ataque en ella; ó tal vez encomendó á alguno de sus capitanes el cuidado de los centinelas y vigilantes, y dejó de cumplir en algunos puntos con las instrucciones recibidas.

De presumirse es que hubiese sucedido lo segundo, pues nunca, ni antes ni después, se dió un caso semejante (1).

Al siguiente día emprendió el ejército su camino, pasando por varias poblaciones, cuyos habitantes se alejaban al aproximarse los españoles. La misma soledad encontra-

(1) «Y en todo este día no dejó de llover muy grandes aguaceros, y como íbamos con nuestras armas á cuestas, que jamás las quitábamos de día ni de noche, y con la mucha agua y del peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecía á aquel gran pueblo... y como hacía muy oscuro y llovía, no se podían poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno ni acertábamos con los puestos; y esto digo porque á mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió á mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el real. Dejemos deste descuido.»—Bernal Díaz del Castillo. Hist. de la conquista.

ron en Citlaltepec y en todos los puntos en que dominaban los mejicanos.

Por fin llegaron las fatigadas tropas á entrar en territorio perteneciente al rey de Texcoco; á territorio aliado. Eran las doce del día cuando penetraban por las hospitalarias puertas de Acolman, pintoresca ciudad, distante dos leguas de la capital texcocana.

En ella estaban esperando á Hernan Cortés, Gonzalo de Sandoval, el señor de Texcoco Fernando Ixtlilxochitl, con toda la nobleza del reino, y varios oficiales, que durante la expedición del general habían llegado de Castilla.

Todo fué satisfacción y placer en aquellos momentos. El jefe castellano tuvo el gusto de saber que los bergantines estaban listos para botarse al agua, y por su parte manifestó que había quedado contento del reconocimiento de los puntos al rededor de las lagunas, pues había algunos que presentaban todas las ventajas para situar los campamentos.

Los soldados se vieron obsequiados con abundantes víveres, enviados por los habitantes de las aldeas comarcanas, y pronto olvidaron los trabajos pasados por los placeres presentes.

Poco antes de acercarse la noche, volvió Gonzalo de Sandoval con su gente á Texcoco para disponer lo necesario en el real, y al siguiente día se dirigió Hernan Cortés á la misma ciudad, acompañado del señor de ella, de la nobleza y del ejército expedicionario.

Su vuelta á la capital del reino de Acolhuacan llenó de entusiasmo á sus habitantes, que salían á victorear al caudillo español.

Los fatigados y victoriosos soldados fueron recibidos con júbilo por sus camaradas, y marcharon á descansar á los amplios cuarteles de donde hacia tres semanas habían salido, y en las cuales habían dado la vuelta al pintoresco valle.